

Alexis de Tocqueville y las transformaciones del Estado democrático: una exploración después de siglo y medio

Atilio A. Borón

l

Hace poco más de ciento cincuenta años desembarcaba en Nueva York Alexis de Tocqueville, un aristócrata normando que apenas contaba con veintiséis años y que procedía de una familia históricamente ligada a la monarquía francesa. Uno de sus abuelos pereció en la guillotina durante la Revolución Francesa y sus padres escaparon providencialmente de idéntico destino gracias a la caída de Robespierre. Durante siglos sus antepasados habían servido en la burocracia de los Borbones y él no podría haber quebrado esa tradición. Consecuentemente, en 1827 se incorpora como juez auditor en las cortes de Versalles de la restaurada monarquía borbónica, que ya se encaminaba hacia su destronamiento definitivo. En efecto, a poco andar los decrepitos proyectos reaccionarios de Carlos X se estrellaron contra la dura realidad de una Francia plenamente burguesa. La caída del último Borbón significó el ascenso de la dinastía Orleanista, encarnada en la persona de Luis Felipe, y con la inauguración de la advenediza Monarquía de Julio se inició en Francia, de acuerdo con Marx, el dominio de la aristocracia financiera. Este cambio modificó significativamente los planes del joven Tocqueville: el juramento de fidelidad a la nueva casa reinante repugnaba a sus fuertes lazos de adhesión al legitimismo borbón y a toda su densa tradición familiar. Para escapar de tan penosa contradicción solicitó y obtuvo licencia para estudiar el funcionamiento del sistema penal norteamericano; acompañaría así a su amigo Gustave de Beaumont quien viajaría a los Estados Unidos animado por propósitos similares. Brillante excusa, puesto que su correspondencia habría luego de revelar que en realidad Tocqueville iba a estudiar la

estructura y funcionamiento de la democracia norteamericana, para lo cual ya había preparado un minucioso proyecto que mucho se cuidó de divulgar. El resultado del viaje no pudo haber sido más fructífero: aparte de elaborar conjuntamente con Beaumont un informe oficial sobre el sistema penitenciario norteamericano y su aplicación en Francia, y que fue publicado en 1833, Tocqueville publica en 1835 la primera parte de *La democracia en América*, seguida de una segunda que aparece en 1840. El éxito de la obra es inmediato y comienza a circular y traducirse a casi todas las lenguas europeas; su repercusión llega inclusive hasta América Latina, en donde en la década del cuarenta del pasado siglo las ideas de Tocqueville eran ampliamente discutidas en los círculos intelectuales del liberalismo.

A su regreso a Francia Tocqueville se embarca activamente en la carrera política. Electo diputado por su distrito natal en Normandía en 1839 retiene su cargo hasta la revolución de 1848. Logra su reelección a la Asamblea Constituyente de la Segunda República y en la nueva Asamblea Legislativa de 1849, de la cual llegaría a ser vicepresidente; también se desempeñaría por corto tiempo como ministro de Asuntos Exteriores del gabinete Barrot, pero sin dejar en ningún caso una huella profunda de su paso. Resueltamente opuesto al *coup d'état* de Luis Bonaparte propone una acusación constitucional, tan decorosa como ineficaz, contra el futuro emperador cuando ya era obvio que nada podía hacerse para detener su ascenso. Ese fue el fin de su corta carrera política; hasta su muerte, ocurrida en 1859, se retiró a su comarca a escribir lo que había pensado sería su *opus magna*, una historia de la Revolución Francesa de la cual sólo publicaría un estudio inicial con el título de *El antiguo régimen y la revolución*.¹

II

Alexis de Tocqueville se dirigió a los Estados Unidos para estudiar la democracia norteamericana; pero su propósito no era simplemente el de satisfacer una mera curiosidad intelectual. Le interesaba mucho más la democracia que los Estados Unidos; su interés obsesivo era comprender el funcionamiento de un régimen democrático y las implicaciones que éste podría tener para la preservación o destrucción de la libertad. En sus propias palabras,

No solamente para satisfacer una curiosidad, por otra parte muy legítima, he examinado la América; quise encontrar en ella enseñanzas

¹ Para más antecedentes biográficos y sociales sobre Tocqueville y su época ver Jack Lively, *The Social and Political Thought of Alexis de Toqueville*, Oxford, Clarendon Press, 1962; J. P. Mayer, *Prophet of a Mass Age*, Londres, 1939 y G. W. Pierson, *Tocqueville and Beaumont in America*, Nueva York, 1938.

que pudiésemos aprovechar. Se engañarán quienes piensen que pretendí escribir un panegírico. . . No pretendí siquiera juzgar si la revolución social, cuya marcha me parece inevitable, era ventajosa o funesta para la humanidad. Admito esa revolución como un hecho realizado o a punto de realizarse y, entre los pueblos que la han visto desenvolverse en su seno, busqué aquél donde alcanzó el desarrollo más completo y pacífico, a fin de obtener todas las consecuencias naturales y conocer, si se puede, los medios de hacerla aprovechable para todos los hombres. Confieso que en Norteamérica he visto algo más que Norteamérica; busqué en ella la imagen de la democracia misma, de sus tendencias, de su carácter, de sus prejuicios y de sus pasiones; he querido conocerla, aunque no fuera más que para saber al menos lo que debíamos esperar o temer de ella.²

¿Qué se podía esperar o temer de la democracia? Pregunta pertinente para alguien preocupado por el desgarramiento producido en la sociedad europea a partir de la gran revolución, que había liquidado el antiguo régimen e inaugurado un período revolucionario cuyas turbulencias todavía se dejaban sentir en el escenario europeo. Sus aprensiones se verían confirmadas por el estallido de las revoluciones de 1848, y tanto las imágenes amenazadoras de las masas plebeyas adueñadas del poder por unos pocos días como las de las viejas monarquías, ya irremisiblemente condenadas por los inexorables progresos democráticos, inquietaban profundamente su espíritu. La vieja Europa se desmoronaba, y Tocqueville sabía perfectamente que era imposible detener ese derrumbe que la Revolución Francesa había acelerado dramáticamente; sólo Inglaterra quedaba en pie, pero allí los vientos de la revolución todavía no habían llegado a adquirir la intensidad observada en el continente, en parte atribuible a la prudencia política de los ingleses que habían hecho posible un feliz pero incierto compromiso entre la nobleza aristocrática y la pujante burguesía industrial. Eran precisamente los Estados Unidos el lugar en donde el avance de la revolución democrática había llegado hasta el fin, y ahí era preciso acudir para observar la naturaleza de los nuevos procesos políticos y sociales que estaban conmoviendo al viejo mundo. Debe señalarse que, al obrar de este modo, Tocqueville procede con el mismo criterio que Marx explicara en el prólogo a la primera edición de *El capital*: es necesario estudiar los fenómenos sociales "allí donde se presentan en forma más nítida y menos oscurecidos por influjos perturbadores", y si Marx estudió el modo de producción capitalista observando en Inglaterra las "tendencias que actúan y se imponen con férrea necesidad", Tocqueville sabiamente decidió estudiar la "revolución democrática" en su "sede clásica", los Estados Unidos.³

El examen de la democracia norteamericana podía descubrir, por consiguiente, algunas claves que permitiesen avizorar el destino inmediato de

² Alexis de Toqueville, *La democracia en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 39.

³ Karl Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, Tomo I, p. XIV.

Francia y Erop, determinar qué se podía “esperar o temer” de una revolución que era irresistible y que tanto podría abrir nuevos horizontes de libertad a la sociedad moderna como precipitarla al abismo insondable de nuevas formas de despotismo jamás experimentadas por sociedad alguna. Esta actitud tocquevilliana fue correctamente interpretada por Harold Laski al comparar el sentido del análisis del francés sobre los Estados Unidos con el que brota de las páginas de Lord Bryce en *The American Commonwealth*. En el último caso se trata de la obra de un aristócrata fundamentalmente interesado en comprender la naturaleza del moderno “fragmento” inglés en el nuevo mundo, mientras que Tocqueville estaba en rigor “escribiendo un libro sobre la civilización francesa, y los Estados Unidos aparecen en sus páginas como una fuente de ilustración más que como el tema central”. En realidad, continúa Laski, a Tocqueville le preocupaba más la posibilidad “de descubrir en las condiciones americanas los medios para analizar el futuro de Francia que entender a los Estados Unidos por sí mismos.”⁴

De ahí entonces la importancia de Tocqueville: no como historiador o sociólogo que estudia y analiza una sociedad concreta sino como teórico político que supera la inmediatez de su objeto y nos plantea un conjunto de problemas genéricos en torno a las posibilidades y límites de la democracia en la sociedad burguesa. Se verifica, por lo tanto, un análisis en dos niveles: el de la historiografía y el de la ciencia política, similar al que muy atinadamente observara Alessandro Pizzorno en relación a los estudios de Gramsci sobre el *Risorgimento* italiano y la cuestión meridional.⁵ El segundo es el Tocqueville que nos parece pertinente comentar en estas páginas; la crítica historiográfica ha avanzado muchísimo en sus investigaciones sobre la América de la era de Jackson como para discutir en ese nivel el discurso de Tocqueville. Lo que lo ha transformado en un clásico del pensamiento político es justamente su reflexión sobre el Estado democrático y el porvenir de la libertad en la sociedad capitalista. Es pues en este terreno de la ciencia política donde encontramos el legado fundamental que compensa con creces la transitoriedad y la relativa imperfección de sus observaciones históricas. Es aquí donde hallamos la actualidad de sus reflexiones, de su “pesimismo esperanzado” acerca del futuro de la democracia. Sus meditaciones no podrían ser hoy más oportunas, en un momento en que las corrientes más significativas del pensamiento burgués han procedido a una reformulación autoritaria de la teoría democrática que vuelve a poner sobre el tapete los argumentos de Tocqueville. Es esa permanencia lo que amerita situarlo —junto con Wilhelm Von Humboldt, Benjamin Constant y John Stuart Mill— como uno de los mayores exponentes del liberalismo del siglo XIX.⁶

⁴ Harold Laski, *The American Democracy*, Londres, 1949, pp. 16-17 y 722.

⁵ Cf. Alessandro Pizzorno. “Sobre el método de Gramsci”, en Autores Varios, *Gramsci y las ciencias sociales*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente 19, 1970, pp. 41-64.

⁶ Sobre este particular consultar Lively, *op. cit.*, p. 8.

III

Tocqueville introdujo una novedad fundamental en el pensamiento liberal: caracterizó a la *democracia como una condición social* en la cual prevalecía el *principio y la práctica de la igualdad*. Democracia e igualdad se funden entonces en el pensamiento de Tocqueville en una sola entidad sociológico-política, y aun cuando en su grueso volumen no se encuentren rigurosamente definidas las dos nociones fundamentales de todo su pensamiento, democracia y libertad, parecería ser claro que Tocqueville se aparta de la tradición clásica del liberalismo y produce una definición sustantiva, no formal, de la democracia.⁷ En la tradición teórica liberal de los siglos XVII y XVIII se estudiaba al ciudadano abstracto como parte atomizada de la vida estatal y sin prestar atención a las condiciones sociales concretas de los individuos. Por eso, el discurso de la democracia tendía inevitablemente a ser formal, superestructural: versaba *sobre las formas posibles del gobierno y no sobre una condición de la sociedad civil*. En Tocqueville, por el contrario, *la democracia se define a partir de la sociedad civil*: es la igualdad de condiciones, así como la aristocracia se determina por una situación estructural de privilegio y desigualdad institucionalizadas. La democracia es entonces un nuevo tipo de sociedad que viene a sustituir al arcaico orden aristocrático, irremisiblemente condenado a la desaparición. Veamos cómo lo plantea Tocqueville:

Una gran revolución democrática se palpa entre nosotros. Todos la ven; pero no todos la juzgan de la misma manera... Cuando se recorren las páginas de nuestra historia, no se encuentran, por decirlo así, grandes acontecimientos que desde hace setecientos años no se hayan orientado en provecho de la igualdad... Por doquier se ha visto que los diversos incidentes de la vida de los pueblos se inclinan en favor de la democracia. Todos los hombres la han ayudado con su esfuerzo; los que tenían el proyecto de colaborar para su advenimiento y los que no pensaban servirla... El desarrollo gradual de la igualdad es pues un hecho providencial, y tiene las siguientes características: es universal, durable, escapa a la potestad humana y todos los acontecimientos, como todos los hombres, sirven para su desarrollo.⁸

Se comprende, por lo tanto, que nuestro autor confiese haber escrito su libro bajo la impresión "de una especie de terror religioso producido... al vislumbrar esta revolución irresistible que camina desde hace tantos siglos, a través de todos los obstáculos, y que se ve aún hoy avanzar en medio de las ruinas que ha causado". Una revolución que hace que las clases sociales se entremezclen y confundan; que las barreras que separaban en compartimientos estancos a los hombres sean desquiciadas ante la po-

⁷ Cf. Lively, *op. cit.*, p. 49; Raymond Aron, *Ensayos sobre las libertades*, Alianza, 1966, p. 22; Seymour Drescher, *Dilemmas of Democracy*, Pittsburg, 1968, p. 20.

⁸ Alexis de Tocqueville, *op. cit.*, pp. 3-33.

tencia pulverizadora de la sociedad civil; que se divida el dominio y se comparta el poder, y en la cual "las luces se esparcen y las inteligencias se igualan".⁹ Se entiende así que Tocqueville exhorte a

Instruir a la democracia, reanimar si se puede sus creencias, purificar sus costumbres, reglamentar sus movimientos, sustituir poco a poco con la ciencia de los negocios públicos su inexperiencia y por el conocimiento de sus verdaderos intereses a los ciegos instintos; adaptar su gobierno a los tiempos y lugares. . .¹⁰

Por lo tanto, no se trata de pretender vanamente reconstruir a la sociedad aristocrática pues

Estoy, además, convencido de que todos los que en nuestro siglo intenten apoyar la libertad en el privilegio y en la aristocracia, tendrán poco éxito. . . Así, no se trata de reconstruir una sociedad aristocrática, sino de hacer salir la libertad del seno de la sociedad democrática en que Dios nos ha colocado.¹¹

Lo que se requiere, según Tocqueville, es recuperar la herencia libertaria que él percibía condensada en los pliegues del feudalismo, herencia que sin embargo no podía sustentarse en las mismas clases, instituciones y prácticas sociales del viejo régimen. La edad de la aristocracia había iniciado su crepúsculo definitivo y serían inútiles todos los intentos de implantar un principio de desigualdad, para colmo, legalmente sancionado, entre los hombres, y que se difundiría a través de la familia y de la sociedad. Tocqueville rechaza como anacrónica semejante propuesta, diferenciándose nítidamente de las elaboraciones reaccionarias de Bonald y de Maistre y del argumento conservador, más realista y refinado, de Edmund Burke.

Como vemos, en resumidas cuentas, hay en Tocqueville un desplazamiento radical del centro de gravedad del discurso teórico democrático liberal, un movimiento que se aleja del Estado y procura encontrar las raíces de la democracia en la sociedad civil, un pasaje del politicismo jurisdicista a un rotundo societalismo. Si Hobbes define al ciudadano por su relación de sumisión con el Estado, Tocqueville lo hace en función de su pertenencia a una formación social históricamente definida, aun cuando no haya podido llegar hasta el fondo de la cuestión debido a su desconocimiento de la anatomía profunda de la moderna sociedad burguesa, para la cual hubiera tenido que iniciar una crítica sistemática de la economía política clásica tal como la que iría a desarrollar Marx unos pocos años más tarde. Pero, en su búsqueda de las raíces sociales de la democracia, y a pesar de que exageró notoriamente los alcances del igualitarismo norteamericano, Tocqueville produce una verdadera revolución en el interior

⁹ *Ibid.*, pp. 34 y 35.

¹⁰ *Ibid.*, p. 34.

¹¹ *Ibid.*, p. 636.

del paradigma liberal burgués: explora, por vez primera de modo sistemático, la relación entre los aspectos sustantivos y formales de la democracia burguesa, es decir, el nexo dialéctico entre igualdad concreta y libertad formal, mismo que habría de constituir la piedra angular de la crítica marxista de la política y la ideología burguesas. Como resultado de su indagación extrae dos conclusiones inquietantes: en primer lugar, que los formalismos democráticos son letra muerta si no se asientan sobre una condición generalizada de igualdad; por lo tanto, la libertad política, la tolerancia y el pluralismo difícilmente pueden echar raíces en un suelo que no se haya desembarazado de remanentes aristocráticos y jerarquizantes, conclusión ésta que Marx llevaría hasta las últimas consecuencias al plantear que las relaciones sociales de producción de la sociedad burguesa constituyen un límite estructural a las diversas tentativas y formas de la democracia capitalista. Segundo, que si bien la igualdad es un terreno propicio para el desarrollo de la libertad, aquella puede a su vez generar una forma inédita de despotismo que llegue inclusive a cancelar las estrechas libertades compatibles con el orden aristocrático.

Estas dos conclusiones se hallan en la base de todo el razonamiento toquevilliano e informan y unifican todo el conjunto de su producción intelectual, comprendiendo por cierto sus análisis sobre el curso de la Revolución Francesa. Su sociologismo lo impulsaba a descifrar el significado de las instituciones políticas en función de la naturaleza de la sociedad civil, sus estructuras, valores, costumbres, "mores" e ideologías: es la condición social la que determina, o al menos influye decisivamente sobre la vida política, y en los Estados Unidos esa "condición social" es la igualdad, el "hecho fundamental del cual se derivan todos los demás".¹² Este sólido anclaje de lo político en la sociedad civil explica el escepticismo de Tocqueville ante un cierto reformismo burgués que él no vacilaba en calificar de ingenuo, puesto que los cambios institucionales difícilmente lograrían modificar la estructura y el rumbo histórico de una sociedad dada: entonces, Francia no podía aspirar a ser libre mientras siguiese siendo una sociedad dividida y desigual. Pero, encerrado en este callejón sin salida Tocqueville retrocede, relativiza su sociologismo y reconoce que el estudio de los Estados Unidos podría dotar a Francia de mejores leyes e instituciones políticas, las que eventualmente podrían salvar a la sociedad francesa de los horrores del despotismo.¹³ De esta manera, el planteamiento metodológico de Tocqueville desemboca en una crítica profunda al optimismo histórico y al estatalismo del reformismo burgués, confiado desde los tiempos de los fisiócratas en su capacidad de reformar a la sociedad por medio de la manipulación de las instituciones políticas y estatales, tesis que, dicho

¹² Marvin Zetterbaum, "Alexis de Tocqueville", en Leo Strauss y Joseph Cropsey, *History of Political Philosophy*, Chicago, 1972, pp. 715-718.

¹³ Sobre esto, ver Morton J. Horwitz, "Tocqueville and the Tyranny of the Majority", *The Review of Politics*, 1966, pp. 296-8.

sea al pasar, también ha prendido profundamente en ciertas variantes del pensamiento socialista.

Con todo, el sociologismo de Tocqueville tiene además otras implicaciones que es oportuno destacar: en efecto, llevado hasta sus últimas consecuencias, en un planteamiento totalizante termina cuestionando radicalmente el argumento liberal de que la esencia de la lucha por la libertad es equivalente a la imposición de restricciones a la acción gubernamental. Por cierto que Tocqueville no llega tan lejos, pero sí lo hace la crítica marxista de la política y es preciso reconocer en Tocqueville, como en Rousseau un antecedente importante y admirablemente perceptivo. Se trata, por consiguiente, de un esfuerzo por situar el debate en torno a las libertades en una coordenada en donde se intersecten dos planos, el del Estado tanto como el de la sociedad civil; y no sólo uno, el del Estado entendido en el típico reduccionismo politicista del liberalismo como pura sociedad política, como aquel "gendarme nocturno" del que hablaba Gramsci. La importancia que tiene la obra de Tocqueville en estos días es pues innegable, sobre todo si se piensa en la difusión que han adquirido las tesis liberales ultramontanas, al estilo de Milton Friedman, o Friedrich Von Hayek, que agotan el problema de la libertad en el recorte minucioso de los poderes y atributos gubernamentales.¹⁴

Por otra parte, el segundo Tocqueville, redactor de la última parte de *La democracia en América*, revela en su pesimismo su descreimiento de otro de los grandes mitos históricos del liberalismo: el de la sociedad civil autorregulada, libre, armónica, perpetuamente ajustada en niveles cambiantes de equilibrio. En Tocqueville así hallamos los gérmenes de una crítica que sólo se desarrollará en profundidad en el ámbito del marxismo, cuando éste, al descubrir el secreto de la plusvalía, ponga al descubierto los mecanismos del mercado y exponga los frágiles límites de la competencia y su propensión estructural hacia la concentración y el monopolio. En consecuencia, la presunción liberal de que la política, al igual que la economía, se rige por la legalidad del mercado autorregulado encuentra en Tocqueville una inteligencia escéptica que le señala sus incongruencias, aun cuando su cuestionamiento no llegue hasta el fondo del asunto.¹⁵

IV

Ahora bien, si el discurso de Tocqueville nos abre las puertas a una nueva concepción de la democracia, una conceptualización social y política, sus-

¹⁴ Cf. Milton y Rose Friedman, *Libertad de elegir*, Grijalbo, 1980, o las obras de Friedrich von Hayek, *The Constitution of Liberty*, Chicago, 1960 y *The road to serfdom*, Chicago, 1944.

¹⁵ Cf. Ugo Pipitone Allione, *Desarrollo contra equilibrio*, México, UNAM, 1978.

tantiva —dentro del horizonte de visibilidad de la sociedad burguesa— pero también formal (y en esto es evidente la influencia que ejerce Rousseau sobre el pensamiento del aristócrata normando, a pesar de que se niegue a reconocerlo) cabría preguntarse cuán lejos llegó en su reflexión. Porque una cosa es el Tocqueville que se exhibe en el discurso ideológico norteamericano, reverenciado por su ejemplar retrato de las virtudes del igualitarismo y la democracia estadounidenses, de los rasgos perennes de una nueva sociedad, destinada, según sus profetas, a iluminar la marcha de la moderna civilización hacia las alturas de la democracia, sutilmente confundida con el “American way of life”, y otra muy distinta es adentrarse en las reflexiones críticas que, como teórico político, formula Tocqueville en un tono que bien poco se compatibiliza con el de los panegiristas de la democracia norteamericana. En otras palabras, es preciso retomar la distinción que hacíamos antes entre el Tocqueville historiográfico y el teórico político; el primero se limita a describir, ricamente, sin duda, una situación histórica concreta; el segundo es el depositario de las preguntas trascendentes sobre la buena sociedad y el buen régimen político, el del rigor analítico y el de las cuestiones de importancia inmanente. Instalados en esta perspectiva, esto es, en la exploración de las dudas y tensiones que recorrían todo el pensamiento tocquevilliano, ¿cuáles eran sus interrogantes acerca de la democracia y qué lecciones podemos sacar de su reflexión?

El punto nodal de su elaboración, y del cual se desprenden casi todos los demás, creemos que es el siguiente: que la igualdad, que es el sustrato (económico, social, cultural y psicológico) de la democracia es compatible no sólo con la libertad, y por tanto con un régimen político también formalmente igualitario y democrático, sino que también con la tiranía, es decir, con el despotismo político. En ambos casos, libertad y tiranía no serían meros “efectos formales” de lo político, puesto que las formas de organización del poder social no se explican por sí mismas sino que remiten a las características estructurales de la sociedad civil. Es más, Tocqueville nos previene que la tiranía puede incluso revestirse de formalidades democráticas. Ante este razonamiento se derrumban las ilusiones optimistas y los fetichismos de la forma, y la democracia, su construcción y desarrollo, pasa a ser la empresa más formidable de nuestro tiempo y que demanda, como ya lo había advertido Maquiavelo, un arte político: la famosa *virtú*, esa rara amalgama de coraje, fortaleza, audacia, habilidad política y espíritu cívico, sin la cual es impensable la función de la hegemonía en el proceso de creación del moderno Estado nacional.

Ya veremos luego cuáles serían los ingredientes que constituirían esa artesanía política, capaz de impedir la materialización de las sombrías tendencias avizoradas con singular agudeza por el atormentado Tocqueville. Por ahora bástenos con identificar los elementos constitutivos de esta contradicción contenida en la democracia, esto es: ¿cuál sería el itinerario de este posible tránsito de la igualdad al despotismo? La sociedad de los sujetos iguales es concebida como una sociedad completamente atomizada, de individuos libres e independientes; es el caso típico de la

sociedad civil, retratada por Marx y Engels en *La ideología alemana*, que surge de los escombros del viejo régimen feudal y en el cual la existencia social se hallaba sólidamente entrelazada por innumerables lazos orgánicos que tornaban impensable la sola idea del individuo aislado. Pero con la descomposición del feudalismo y la paulatina imposición de las relaciones sociales capitalistas, la pulverización de los vínculos comunales nos deja al individuo en una doble condición, que Tocqueville registra correctamente, de independencia e impotencia. La multiplicidad de nexos que lo unían con la sociedad feudal fueron cortados pero paradójicamente el sujeto se encuentra ahora más indefenso y desprotegido que antes. El individuo, oculto durante milenios, se instala de súbito en el centro del escenario social; el humanismo renacentista se encarga de glorificarlo y, como era de esperar, este significativo desplazamiento se proyecta en las más variadas disciplinas intelectuales. El individualismo se afirma como el “sentido común” de la nueva época histórica y el irrefutable punto de partida de cualquier reflexión filosófica, económica o política: Lutero, Calvino y Hobbes son incomprensibles al margen de este hecho fundamental.

Las consecuencias que Tocqueville extrae de este proceso son bien claras: el individualismo no puede sino dar lugar al materialismo, es decir, a un apego exagerado por los bienes materiales y el confort personal. Pero, una sociedad en la cual sus integrantes se hallan alterados por un exacerbado materialismo estará faltamente condenada a la mediocridad política. Difícilmente sus mejores talentos se dedicarán a la cosa pública si están compulsivamente dedicados a asegurarse el máximo disfrute posible de los bienes terrenales. El materialismo de la sociedad burguesa, piensa Tocqueville, conspira contra la calidad de su clase dirigente, renovando una viejísima preocupación que ya había sido expresada por Platón más de dos mil años antes. El materialismo es llevado hasta el paroxismo porque, según nuestro autor, la sociedad democrática, es decir, igualitaria, es asimismo extraordinariamente móvil e insegura. Nada ni nadie puede garantizar la posición de cada uno de sus miembros, porque al revés de lo que ocurría con la antigua comunidad aristocrática, donde el infortunio de los desposeídos se atenuaba con la relativa seguridad que emanaba del carácter orgánico de la sociedad feudal, el individuo de la sociedad burguesa puede perder todo sin contar con un “reaseguro” social como el que consolaba y protegía al siervo de la gleba. Eso explica la búsqueda febril del bienestar material, único garante real de la igualdad, certeramente reconocida por la Reforma Protestante que elevó la pasión adquisitiva a la categoría de celestial mensaje por el cual los hombres lograrían saber si estaban o no predestinados a la salvación.¹⁶

Tocqueville comprueba así que el costo político del frenesí materialista es extremadamente gravoso: conformismo, apatía, despolitización, son los

¹⁶ Sobre este tema, consultar la clásica bibliografía que comprende las obras de Max Weber, Werner Sombart, R. H. Tawney y E. Troeltsch.

rasgos que caracterizan al hombre moderno, independiente e impotente a la vez. El ciudadano se encapsula en sus asuntos privados y se desentiende de los de la comunidad. Benjamin Constant se percató muy sutilmente de los alcances de este fenómeno al comparar la libertad de los antiguos con aquella que convenía a los modernos.

Nuestra libertad [decía Constant en su célebre conferencia de 1819] debe consistir en el disfrute pacífico de la independencia privada. [...] El objetivo de los antiguos era compartir el poder social entre todos los ciudadanos de una misma patria. A esto le llamaban libertad. El objetivo de los modernos es la seguridad en los goces privados. Llamamos libertad a las garantías acordadas por las instituciones para seguir gozándolos.¹⁷

El resultado final de esta transformación de la sociedad, posible, probable, no determinístico pero preocupante en grado sumo para Tocqueville es el despotismo moderno. Es decir que la tendencia masiva e irresistible hacia el igualitarismo, que sin embargo no alcanza para afectar los fundamentos de la sociedad capitalista, viene acompañada por una contraparte perversa cuyos efectos perniciosos es necesario neutralizar: la centralización política y administrativa y la expansión burocrática. Si se recorre atentamente la obra de Tocqueville podremos apreciar que es éste el hilo conductor que articula sus diversos análisis políticos. Es la preocupación que palpita en sus dos obras fundamentales, *La democracia en América* y en *El antiguo régimen y la Revolución Francesa*: en el primero se estudia un caso característico por la extrema debilidad del Estado en relación a la sociedad civil; en el segundo se analiza un ejemplo simétricamente opuesto: en Francia es el Estado quien se impone avasalladoramente sobre la sociedad civil. Utilizando las categorías del análisis gramsciano podríamos decir que los Estados Unidos de la época de Jackson tenían una relación entre Estado y sociedad civil típica de lo que Gramsci denominaba Occidente, y que la Francia del absolutismo de los Luises y de la descomposición del feudalismo era un ejemplo clarísimo de lo que aquél consideraba característico de las sociedades del Oriente. A Tocqueville le interesó examinar los dos casos porque en su contraposición ambos respondían a una misma cuestión: ¿cuáles eran los procesos sociales que habían conducido a la libertad y al despotismo?; ¿por qué en un caso la sociedad prevalecía y sometía a su imperio al Estado y en el otro era la sociedad política la que avasallaba por completo a una comunidad que se antojaba indefensa?

De esta fecunda comparación, que el joven Tocqueville ya tenía implícitamente planteada cuando exploraba las raíces de la democracia norteamericana, se deriva nítidamente un diagnóstico que prefigura genialmente el que hiciera, casi un siglo más tarde, otro “pesimista esperanzado”:

¹⁷ Benjamin Constant, “La libertad de los antiguos comparada a la de los modernos, México, CELA, 1978, pp. 14-15.

Max Weber. En efecto, éste iría a desarrollar un argumento encaminado a desentrañar en el mismo núcleo racional de la sociedad burguesa las tendencias profundas que la pueden desbarrancar hacia un despotismo de base burocrática. Sin embargo, al igual que sucede con Tocqueville, su diagnóstico tampoco logra, pese a su mayor complejidad y exhaustividad, revelar la conexión íntima que existe entre las “férreas necesidades” de la acumulación capitalista y la hipertrofia burocrática. Para ello hubiera sido necesario adoptar una perspectiva teórica reñida con las premisas del liberalismo y que tuviese como punto de partida la crítica de la sociedad burguesa iniciada por Marx y Engels. Y decimos apenas “punto de partida” porque la elaboración de una crítica marxista al fenómeno de la burocracia en el capitalismo moderno está recién ahora dando sus primeros pasos, y son bien pocas las proposiciones teóricas que existen sobre el particular.¹⁸ En todo caso conviene no perder de vista la línea de nuestra exposición y retornar a la conclusión tocquevilliana: ella revela la agudeza de la mirada escrutadora del francés y lo sitúa, una vez más, como uno de los grandes precursores en el estudio de la problemática de nuestro tiempo, título que muy pocos pueden ostentar.

Pero veamos un poco más de cerca las razones que encuentra Tocqueville para dar cuenta del fenómeno de la centralización burocrática. Esta es concebida como un proceso que tiende a aniquilar los “poderes intermedios” cuya autonomía les permitía desempeñar un papel mediador que era absolutamente esencial para mantener el equilibrio de la sociedad feudal: la aristocracia, la iglesia y la ciudad, amén de otros estamentos privilegiados, constituían los contrapesos naturales al poder del monarca y retenían, como oportunamente lo señalaron Marx y Engels tanto como Hintze y Weber, los medios y recursos necesarios para ejercer el dominio político y la administración comunitaria. Allí donde se consolidó esta pluralidad social y política fue creciendo la práctica democrática: es esa y no otra la historia del parlamento y de la ciudad en el Occidente. Pero con la disolución de la sociedad feudal, carcomida por la potencia destructora y a la vez creadora del capitalismo, el poder central fue expropiado a las viejas instituciones y estamentos de sus órganos y funciones políticas y administrativas. Se constituyó así un Estado nacional que progresivamente logró detentar el monopolio de todas las funciones políticas, administrativas y militares, dando lugar al crecimiento desorbitado de una burocracia absolutista cuyas nefastas consecuencias llamaran tan poderosamente la atención de Marx. En Francia, dice Tocqueville, hay un elemento de continuidad fundamental entre el viejo régimen y la sociedad posrevolucionaria: el proceso de centralización político-administrativa no fue ni revertido ni interrumpido por los hechos revolucionarios de 1789 sino que simplemente se acentuaron las tendencias que venían de mucho antes. El desmedido crecimiento de la burocracia fue, por consiguiente,

¹⁸ Sobre este tema, ver la obra política de Max Weber. Consultar también las más recientes contribuciones de N. Bobbio.

“el súbito y violento logro de una obra de seis generaciones”¹⁹ y no el producto sorpresivo e inesperado de la revolución burguesa.

Pero, ¿cómo explica Tocqueville este sombrío remate de la revolución democrática? Ya había indicado que la pasión por la igualdad favorece la centralización político-administrativa. Pero Tocqueville señala asimismo otras causas que denomina “accidentales” ¿Cuáles son? En primer lugar es fundamental verificar si la democracia, entendida como igualdad, se consolidó gradualmente o por un estallido revolucionario. Si la democracia es resultado de un proceso paulatino, que se va desarrollando en una sociedad que ya conoce las ventajas de la libertad, y tal fue el caso de los Estados Unidos, la centralización político-administrativa, si bien no imposible, es una eventualidad menos probable. En cambio, si, como ocurrió en Francia y en la Europa continental, una determinada sociedad carente de una previa experiencia de libertad accede abruptamente a la igualdad el desenlace casi irremisible es la centralización burocrática, impuesta, más allá de la voluntad de la nueva clase dominante, por la necesidad de suplir a los desaparecidos “poderes intermedios” de la vieja sociedad y que fueron barridos por el vendaval revolucionario.²⁰

En su análisis Tocqueville menciona otras causas coadyuvantes que operan en la misma dirección, y que se superponen a la que señalábamos más arriba. Veámoslas brevemente: en primer lugar, la aristocracia —y toda clase dominante— derrotada prefiere la centralización al desorden, y rápidamente admite los hechos consumados y colabora en la reconstitución estatista de la burocracia. Además, señala Tocqueville, las necesidades de una buena administración son tanto más importantes cuanto más adinerada sea una clase. Segundo: si el pueblo es ignorante muy pronto se establecerá una insalvable diferencia entre la capacidad intelectual de los gobernantes y los gobernados, tendiente a acentuar la propensión centralizadora. Tercero, en situaciones de crisis revolucionaria, que usualmente coinciden con, o son preámbulo de, una guerra entre varias naciones, se refuerzan las necesidades, ahora de carácter militar, de centralizar extraordinariamente las energías y los talentos nacionales en la burocracia estatal. Cuarto, lo que Tocqueville considera, erróneamente a nuestro entender, la causa accidental más importante: “los orígenes e inclinaciones del gobernante”. La quinta y última se relaciona con la difusión de la moderna forma de propiedad industrial, que requiere grandes obras de infraestructura para su desarrollo y que sólo el Estado puede realizar. Por otra parte, en la medida en que éste se expande y sus necesidades se multiplican, crece su papel como consumidor cada vez mayor de los bienes producidos por la industria. De este modo, y por una doble vía, la industrialización favorece la centralización burocrática.

¹⁹ Lively, *op. cit.*, p. 154.

²⁰ Incidentalmente, esto revela las dificultades de Tocqueville al representar utópicamente el viejo orden: ¿conocía la Francia aristocrática la libertad? Cf. *La democracia*, *op. cit.*, pp. 619-631.

Resulta instructivo comparar la interpretación marxista de la hipertrofia burocrática con la que nos ofrece Tocqueville: refiriéndose a Francia Marx decía que:

Esa compleja y artificiosa maquinaria de Estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres... surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal [...] la primera revolución francesa [...] tenía necesariamente que desarrollar lo que la monarquía absoluta había iniciado: la centralización; pero al mismo tiempo amplió el volumen, las atribuciones y el número de servidores [...] Napoleón perfeccionó esta máquina del Estado. La monarquía legítima y la monarquía de julio no añadieron más que una mayor división del trabajo [...] Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destruirla.²¹

Europa continental y los Estados Unidos simbolizaban también para Marx, un contraste histórico rico en sugerencias interpretativas. La ausencia de un pasado feudal y de los pasados legados de un Estado absolutista había evitado, hasta ese momento, que el gigantismo burocrático que aplastaba a Francia se reprodujese en América. En tierras europeas, por el contrario, la concentración burocrática era la respuesta al particularismo y la fragmentación que la habían marcado desde el medioevo; era también consecuencia de la debilidad de la alianza de clases que, en la prolongada transición del feudalismo al capitalismo, controlaba la vida estatal sin ser capaz, sin embargo, de superar el antagonismo prevaleciente en el seno de las propias clases dominantes. Este vacío hegemónico alentaba la desorbitada expansión de una burocracia, la que además pasó a desarrollar un papel político estratégico al hallarse investida con facultades y capacidades suficientes como para coadyuvar en el laborioso proceso de construcción de la hegemonía burguesa. Por último, Marx también revela que la concentración y centralización del capital que lentamente se estaba produciendo en el mercado no podía dejar de tener su repercusión en el plano estatal, tema sobre el cual sería Lenin el llamado a extraer todas sus consecuencias en sus análisis sobre el Estado en la etapa de imperialismo.

En suma, Marx plantea que las revoluciones no hacen sino perfeccionar la máquina del Estado: obedeciendo a una ley sociológica, concentra en su aparato burocrático el poder fragmentado que detentaban las clases, estamentos e instituciones del viejo régimen creando así las condiciones requeridas para la reproducción ampliada de la acumulación capitalista. Marx subrayaba de ese modo la conexión existente entre el ascenso de la burguesía y la ampliación, cuantitativa y cualitativa, de la vida estatal y que habría de ser objeto de múltiples elaboraciones a propósito del fenómeno bonapartista. Sobre este particular es interesante observar cómo Max Weber, al hablar de las causas por las que la burocracia es una orga-

²¹ K. Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en *Obras Escogidas*, en dos volúmenes, de K. Marx y F. Engels (Moscú, Progreso), I, pp. 316-317.

nización social prácticamente indestructible, planteaba un argumento complementario de las tesis marxista al afirmar que:

... los dominados no pueden prescindir del aparato de dominio burocrático ya existente ni sustituirlo por otro, pues se basa en una metódica síntesis de entrenamiento especializado, división de trabajo y dedicación fija a un conjunto de funciones habituales diestramente ejercidas. Si el mecanismo en cuestión suspende su labor o queda detenido por una fuerza poderosa, la consecuencia de ello es un caos para dar fin al cual difícilmente pueden improvisar los dominados un organismo que lo sustituya.²²

V

La centralización político-administrativa, esto es, el afianzamiento de la burocracia estatal y la consolidación de un tipo de articulación entre Estado y sociedad civil en el cual el primero establece su supremacía sobre la segunda constituye pues, a juicio de Tocqueville, el riesgo más serio de todos cuantos acechan el futuro de las democracias. La tiranía de la mayoría, ese espectro que horrorizó al pensamiento liberal desde sus orígenes, quedaba relegado a un segundo plano en relación a una amenaza mucho más formidable: la asfixia de la libertad a manos de una nueva forma de despotismo.

Acerca de este asunto merece subrayarse la evolución del pensamiento de Tocqueville entre 1835 y 1840, es decir, el período que separa la publicación del primer y segundo volumen de *La democracia en América*. En efecto, en la primera parte de su obra el reto a la libertad procedía de los desórdenes ocasionados por una sociedad civil tumultuosa y movilizadada, y que era necesario controlar por medio de agencias socializadoras y mediadoras: el gobierno local, la moralidad religiosa y una compacta red de asociaciones voluntarias, entre otras. La imagen del ciudadano y de la sociedad civil que trasunta el segundo volumen es completamente diferente: el peligro para la libertad ya no radica en la movilización desbordante de la sociedad civil puesto que los ciudadanos ya no actúan ni piensan. La tiranía de la mayoría es una imposibilidad dado que la ciudadanía se ha degradado hasta los extremos de convertirse en una masa inerte, y su característica más destacada es su apatía generalizada. Se recrea así una imagen apocalíptica que actualiza las tenebrosas cavilaciones de Hobbes, sólo que ahora el cuadro que nos pinta Tocqueville es aún más deplorable: en la imagen clásica había pasión y propósitos, y por lo tanto lucha; ahora en cambio, la sociedad aparece como una aglomeración elemental e inac-

²² Max Weber, *Economía y sociedad* (México, 1964), p. 741.

tiva, carente de proyecto y voluntad, e inverosímil depositaria de aspiraciones libertarias.²³

¿Cómo se llegó a esta situación? ¿Cómo se produjo esta radical degradación de la sociedad civil? Una primera explicación genérica que ofrece Tocqueville podría sintetizarse así: la desaparición, o gradual decadencia, de las viejas clases, estamentos e instituciones que mediatizaban las relaciones entre el individuo y el Estado deja al primero en una situación de aislamiento e impotencia que su independencia, tanto jurídica como económica, no alcanza a compensar. Frente a la disgregación de la antigua sociedad aristocrática se produce un proceso inverso y dialécticamente relacionado con lo anterior: la consolidación de los poderes dispersos en una sola organización burocrática, el Estado moderno. Por consiguiente, con la plena imposición del capitalismo el Estado se fortalece a costa de la pulverización y atomización de la sociedad civil.

Pero si quisiéramos explorar un poco más en profundidad el diagnóstico del francés deberíamos examinar, como era previsible, los ya referidos fenómenos del individualismo y el materialismo característicos de los tiempos modernos. Es allí, según Tocqueville, donde se incuban los gérmenes del despotismo moderno. ¿Por qué?

Creo que los pueblos democráticos tienen un gusto natural por la libertad: abandonados a sí mismos, la buscan, la quieren y ven con dolor que se les aleje de ella. Pero tienen por igualdad una pasión ardiente, insaciable eterna e invencible; quieren la igualdad en la libertad, y si así no pueden obtenerla, la quieren hasta en la esclavitud; de modo que sufrirán pobreza, servidumbre y barbarie, pero no a la aristocracia. . . Los hombres y los poderes que quieren luchar contra esta acción irresistible serán derribados y destruidos por ella. En nuestros días, la libertad no puede establecerse sin su apoyo, y ni aun el despotismo puede reinar sin ella.²⁴

En otras palabras, al hombre de la era democrática lo mueven dos pasiones: pero una es más ardiente que la otra y por eso está dispuesto a sacrificar la democracia política a cambio de la democracia social, es decir, la libertad por la igualdad, real o ilusoria. La revuelta contra el privilegio hace intolerable cualquier forma de desigualdad, y las presiones combinadas del individualismo y el materialismo hacen que los ciudadanos atomizados recurran al arbitrio del Estado para lograr la satisfacción de sus acrecentadas demandas. Este aparece, en consecuencia, como el agente por excelencia de la nivelación social, y la misma complejización y fragmentación de la sociedad civil incentiva sus tendencias centralizadoras. En el retraimiento hacia sus asuntos privados los ciudadanos reniegan de la política y desconfían del Estado. Sin embargo, todos reconocen que sus

²³ Cf. S. Drescher, "Tocqueville's *Two Democracies*", *Journal of the History of the Ideas*, 1964, núm. 2, pp. 201-205, y en *op. cit.*, p. 42

²⁴ A. de Tocqueville, *op. cit.*, p. 465.

intereses particulares constituyen algo excepcional y que por lo tanto justifican la atención preferente del Estado, claro que como intervención circunstancial y razonable, dada la índole del caso. El resultado de este pluralismo exasperado de la sociedad burguesa es la consolidación y expansión del poder del Estado, paradójicamente estimulado por la proliferación de demandas societales. Es por eso que Tocqueville llega a una desalentadora conclusión:

Un gobierno democrático aumenta, pues, sus atribuciones con sólo ser durable. El tiempo trabaja por él; todos los accidentes lo favorecen; las pasiones individuales lo ayudan sin que él lo sepa, y se puede decir que se centraliza más a medida que envejece la sociedad democrática.²⁵

En las páginas finales de su obra Tocqueville habla no ya de una sino de dos revoluciones; en abierto contraste con lo que enunciaba en su introducción de 1835 ahora la burocratización estatal adquiere el mismo rango que el advenimiento de la sociedad igualitaria, salvo que este nuevo fenómeno tiene no sólo una potencialidad autoritaria sino que representa, en sí mismo, el triunfo del Estado sobre la sociedad civil, el de la burocracia gubernamental sobre las fuerzas sociales y el de la autoridad sobre el autogobierno.

La previsión tocquevilliana, inevitablemente recargada en sus contornos más negativos, anticipa así la crítica liberal al Estado benefactor, que habría de desarrollarse un siglo más tarde. De la igualdad parten dos caminos, nos dice, uno de los cuales conduce a la independencia, y que en caso de crisis podría desembocar en la anarquía; el otro lleva, "por un camino más largo, más secreto, pero más seguro, hacia la esclavitud".²⁶ ¿Qué tipo de esclavitud?

Una esclavitud de nuevo tipo, nada parecida a cualquier otra que la haya precedido en el mundo y para la cual "las voces antiguas de despotismo y tiranía no convienen".²⁷ No sería en consecuencia, una reactualización del despotismo de viejo estilo, dice Tocqueville, con su tiranía sobre los cuerpos y su avasallamiento de la sociedad y que imponía como convocatoria obligada para toda lucha libertaria la necesidad de fijar límites a la acción y el poder del gobierno. No, la nueva forma despótica no se dirigiría a los cuerpos sino a las almas, "se extendería más, sería más benigna y degradaría a los hombres sin atormentarlos".²⁸ ¿Cómo sería esto posible? Oigáms a Tocqueville:

Cadenas y verdugos, éstos eran los instrumentos que empleaba antaño la tiranía; pero en nuestros días la civilización ha perfeccionado hasta el despotismo, que parecía no tener ya nada que aprender. Los prin-

²⁵ *Ibid.*, p. 716.

²⁶ *Ibid.*, p. 613.

²⁷ *Ibid.*, p. 633.

²⁸ *Ibid.*, p. 632.

cipes habían, por decirlo así, materializado la violencia... Bajo el gobierno absoluto de uno solo, el despotismo, para llegar al alma, hería groseramente el cuerpo; y el alma, escapando de sus golpes, se elevaba gloriosa por encima de él; pero en las repúblicas democráticas no procede de ese modo la tiranía; deja el cuerpo y va derecho al alma.²⁹

Pero, ¿qué es lo que garantiza la eficacia del despotismo moderno, que prescindir del cuerpo y se preocupa tan sólo del alma? El materialismo, el conformismo, la despolitización y la apatía, productos fatales de la moderna sociedad burguesa, son los que aseguran ese inmenso poder espiritual del despotismo contemporáneo. Es sobre estos átomos inermes que

Se eleva un poder inmenso y tutelar que se encarga por sí solo de asegurar sus goces y vigilar su suerte. Absoluto, minucioso, regular, advertido y benigno se asemejaría al poder paterno, si como él tuviese por objeto preparar a los hombres para la edad viril... Trabaja en su felicidad, mas pretender ser el único agente y el único árbitro de ella; provee a su seguridad y a sus necesidades, facilita sus placeres, conduce sus principales negocios, dirige a su industria, y arregla sus sucesiones, divide sus herencias y se lamenta de no poder evitarles el trabajo de pensar y la pena de vivir.³⁰

La conclusión a la cual llega Tocqueville prefigura la visión de George Orwell en 1984.

Después de haber tomado así alternativamente entre sus poderosas manos a cada individuo y de haberlo formado a su antojo, el soberano extiende sus brazos sobre la sociedad entera y cubre su superficie con un enjambre de leyes complicadas, minuciosas y uniformes... no destruye las voluntades, pero las ablanda, las somete y dirige; obliga raras veces a obrar, pero se opone incesantemente a que se obre; no destruye, pero impide crear; no tiraniza, pero oprime; mortifica, embrutece, extingue, debilita y reduce, en fin, a cada nación a un rebaño de animales tímidos e industriosos, cuyo pastor es el gobernante.³¹

VI

Parecería evidente luego de este breve examen de las ideas centrales de Tocqueville que los temas del debate filosófico-político de nuestro tiempo encuentran en su obra una significativa prefiguración. Creemos, en consecuencia, que una revisión de sus aportaciones puede enriquecer la discusión actual sobre el Estado contemporáneo y sobre las perspectivas de

²⁹ *Ibid.*, p. 261.

³⁰ *Ibid.*, p. 633.

³¹ *Ibid.*, p. 634.

la democracia. Con todo sería presuntuoso pretender, en estas páginas finales, internarnos en los vericuetos de una discusión cuyos alcances y ramificaciones son formidables. No obstante, es posible señalar algunas contribuciones particulares que una lectura paciente y reflexiva de la obra tocquevilliana podría arrojar para el examen de ciertos aspectos parciales de este gran debate.

Un primer asunto tiene que ver con la constatación, que efectúa Tocqueville, de que la sociedad capitalista crea "naturalmente" las condiciones necesarias e imprescindibles para la aparición del estatismo. Esto es de suma importancia porque en la tradición liberal siempre se sostuvo, y todavía se lo hace en nuestros días, que existía una incompatibilidad radical entre la primacía del individuo, verdadero dogma de todo liberalismo, y la hipertrofia del Estado, concebida como acontecimiento extraño al espíritu y la práctica del capitalismo y que repugnaba al libre juego de las fuerzas del mercado. Es mérito indudable de Tocqueville el haber señalado la falacia subyacente a ese razonamiento, y aun cuando él se mantuvo fiel a la tradición liberal no dejó de reconocer que el funcionamiento de la sociedad burguesa conducía irremediablemente a la construcción de una pesada y opresiva burocracia estatal. Esta comprobación, sin embargo, no fue recogida por el pensamiento liberal posttocquevilliano, salvo en el caso de Weber y sobre el cual volveremos más tarde. La prueba está en que las cabezas más esclarecidas del pensamiento liberal contemporáneo, pensamos en un Von Hayek, Von Mises o el mismo Friedman, persisten en ignorar las raíces profundamente capitalistas del Leviathán burgués. Y es precisamente en el seno del marxismo en donde se ha recogido y profundizado esa intuición tocquevilliana al tratar de identificar las conexiones y las tendencias profundas que permiten entender el estatismo como resultado final de una larga cadena causal que tiene su origen en las necesidades ineluctables de la acumulación y reproducción capitalistas, mismas que, sin embargo, no se transmiten mecánicamente sino que se expresan y mediatizan en una compleja y dialéctica secuencia de causaciones en las que intervienen, además de los factores económicos, una amplia profusión de condicionantes sociales, políticos, ideológicos y culturales. Tocqueville nos ayuda a percibir algunas de estas mediaciones y por lo tanto a comprender mejor la complejidad del Estado capitalista de hoy; no obstante, muchas otras permanecen en las sombras, eclipsadas por la perspectiva teórica liberal y su ancestral desdén por las cuestiones económicas. Es en la visión totalizadora y dialéctica del marxismo donde encontraremos los elementos para una explicación más completa de la degeneración estatalista que azota al capitalismo moderno y que, aun cuando obedezca a otro tipo de causas, amenaza también a los diversos proyectos de transición socialista que conocemos en nuestros días.

En segundo lugar, nos parece que la anticipación que hace Tocqueville del Estado benefactor detecta con extraordinaria perspicacia algunos de los problemas que irían a plantearse, de manera dramática, más de un siglo después. En rigor, Tocqueville prefigura con sorprendente exactitud cier-

tos rasgos y conductas políticas característicos de la fase madura de la recomposición keynesiana del capitalismo, principalmente en los Estados Unidos de América: por ejemplo, las tendencias hacia la apatía cívica, el conformismo, el quietismo y la despolitización que, salvo ocasionales “estallidos” de participación política y social, han sido las notas predominantes de la política del capitalismo avanzado desde la posguerra y constituyen los síntomas del reflujo de la lucha de clases y de la integración de la clase obrera al Estado capitalista. Las consecuencias de todo esto podrían sintetizarse en una frase: degradación de la política, evidenciada tanto en el embrutecimiento de la vida pública —el contenido y la forma de las luchas políticas— como en la calidad de los círculos dirigentes. Es evidente que Tocqueville no estaba en condiciones de demostrar las razones por las que la burguesía necesita, para continuar con la acumulación capitalista, de un Estado crecientemente interventor. Para esto hubiera requerido de una teoría de la revolución y de una concepción general del capitalismo que es inútil buscar en sus escritos. Sin embargo, pudo predecir el envilecimiento de la política en la sociedad burguesa como consecuencia del primado indiscutido de aquel “sórdido materialismo” de la sociedad civil del que hablaba el joven Marx. La trayectoria de esta decadencia queda ampliamente ilustrada por el abismo que separa a un Disraeli o un Gladstone de la señora Thatcher, o el que aparta a un Jefferson o un Lincoln de Nixon, Ford y Reagan; o por las radicales diferencias que existen entre los *Town meetings* de la Nueva Inglaterra y las modernas luchas electorales inspiradas en los modelos de la mercadotecnia. Dicho esto, no obstante habría que añadir que los analistas de Tocqueville pecan de una cierta unilateralidad pues consideran al desfreno individualista (¿opuesto a la sobriedad de la aristocracia?) como el causante de estos “males” de la sociedad moderna; no alcanzan, pues, a descubrir que ellos tienen una raíz mucho más profunda y que se originan en la misma matriz estructural del capitalismo, en la alienación y el fetichismo que le es propia.

Ahora bien, si la clase burguesa no puede sobrevivir sin el auxilio de la hipertrofia estatista, como lo demuestra el funcionamiento real del capitalismo maduro, y mal que les pese a sus profetas ultraliberales, tampoco podría la clase obrera prescindir de los logros conquistados en su secular lucha contra la burguesía y que hoy se cristaliza en el así llamado Estado benefactor. Este también es, al menos en parte, producto de la combatividad de los explotados y no sólo designio conservador de una burguesía omnisciente. ¿Cómo evitar, por lo tanto, los efectos embrutecedores anticipados por Tocqueville y ratificados un siglo después por Gramsci? En efecto, Gramsci prestó mucha atención a la significación del taylorismo y su noción del “gorila amaestrado” como prototipo del nuevo obrero, señalando que “el americanismo era también el mayor esfuerzo colectivo verificado hasta ahora para crear, con inaudita rapidez y con una conciencia de los fines jamás vista en la historia, un tipo nuevo de trabajador

y de hombre".³² Sin profundizar este punto parecerá pues indudable que la difusión del Estado de bienestar no sólo ha modificado la modalidad y la intensidad de la explotación capitalista: también ha alterado las formas de la conciencia obrera y de la lucha de clases, y sobre esto, aunque parezca paradójico, Tocqueville tiene algo que decirnos.

Otro tema sobre el cual las reflexiones de Tocqueville nos parecen sugestivas es el relativo al doble carácter de la democracia: sustancia social y forma política. Sólo en el marxismo ha sido plenamente reconocida esta unidad dialéctica de sustancia y forma; fue Marx quien; desde su crítica a Hegel y al carácter alienado e "invertido" de la política y del Estado burgués, sentó las bases para una teoría integral de la democracia, partiendo del hombre concreto, es decir, del individuo instalado en un modo de producción históricamente determinado. Este razonamiento, como es bien sabido, ha sido consistentemente rechazado por los teóricos liberales, responsables en este siglo del envilecimiento de la misma noción de democracia a la que desfiguraron hasta harcela equivalente a un simple método de constitución de la autoridad pública.³³ El sociologismo de Tocqueville le impedía caer por completo en la trampa formalista y conceptualizar a la democracia como pura fórmula jurídica; sin embargo, la sustancia sobre la cual apoyaba su razonamiento no tenía el espesor necesario para sostenerlo. En efecto, exageró el grado de igualdad real existente en los Estados Unidos y en su afán por demostrar los alcances del proceso de atomización imperante en la sociedad burguesa llegó a entrever la posibilidad de una desaparición espontánea de las clases sociales. De hecho, el capitalismo norteamericano ni acabó con sus clases ni la extensión del sufragio instaló en el poder a una orientación política que favoreciese una redistribución radical de la riqueza y una creciente e irrefrenable igualdad social. Los estudios concretos sobre la sociedad americana y otras formaciones capitalistas demuestran los límites objetivos con que tropezó el igualitarismo como ideología, o las expectativas de una incesante movilidad social ascendente que habría de transformar, insensiblemente, a la sociedad de clases en una comunidad de iguales. La "revolución igualitarista", que venía avanzando desde el siglo XI y que según Tocqueville arrasaría cuanto se interpusiera a su paso se detuvo a las puertas de la propiedad burguesa, y si bien sus logros son innegables no es menos cierto que el francés proyectó mecánicamente su avance y subestimó los obstáculos objetivos que la irían a redefinir y desviar al enfrentarse con la sociedad capitalista.

Pero este equívoco no debiera hacernos perder de vista que la democracia social y la democracia política son inseparables; si Tocqueville queda perplejo ante la crisis de las democracias y el avance del burocracia

³² Cf. Antonio Gramsci, *Quaderni del Carcere* (Torino, 1977). Cuad. 22, p. 2165.

³³ Véase nuestro trabajo "Entre Hobbes y Friedman: liberalismo económico y despotismo burgués en América Latina", en *Cuadernos Políticos*, México, núm. 23, enero-marzo de 1980.

tismo estatizante es porque en su modelo teórico no encuentra los elementos para explicar una revolución social y porque carece de los instrumentos conceptuales requeridos para darse cuenta de que la plena realización de la libertad, es decir, de la democracia política, sólo es posible si se puede concebir una formación social en la cual no existan relaciones sociales de explotación entre los hombres. Tocqueville no llegó tan lejos, y debemos al genio de Marx el haber penetrado donde tantos otros se perdieron en los laberintos de la apariencia. Es sólo a través de su crítica de la economía, la sociedad y la política burguesa, es decir, de su crítica de la explotación, el fetichismo y la alienación que es posible soldar la unidad inscindible de un proyecto democrático que sea liberador y humanizador en todas las dimensiones de la vida social. Democracia social y democracia política, revolución social y revolución política, emancipación social y emancipación política son binomios que sólo en la tradición marxista recuperan su unidad real y que el liberalismo se ha empeñado en mantener en su espuria fragmentación.

Esto quiere decir entonces que una teoría marxista de la democracia debe integrar estas polaridades, superando viejos complejos que la llevaban, por una postura ideológica burguesa en su formalidad e insustanciabilidad pero cayendo, sin proponérselo, en una actitud de desprecio por las libertades "formales" y por las salvaguardas políticas y puramente "superestructurales" tan profusamente desarrolladas en la tradición liberal. En este punto creemos oportuno recordar un pensamiento magistral de Rosa Luxemburg cuando decía que:

Siempre hemos distinguido la médula social de la forma política de la democracia burguesa; siempre hemos revelado la dura médula de desigualdad social y falta de libertad que se esconde debajo de la dulce cáscara de la igualdad formal y la libertad formal, pero no con el propósito de rechazar estas últimas sino para impulsar a la clase obrera a no sentirse satisfecha con la cáscara, sino más bien, conquistando el poder político, crear una democracia socialista que reemplace la democracia burguesa, no para eliminar la democracia.³⁴

Un último asunto que quisiéramos dejar planteado es el siguiente: el pensamiento de Tocqueville muestra una sorprendente similitud con el de Max Weber. La perspectiva histórica de larga duración es la misma y sus conclusiones, pesimistas, sin duda, son bastante parecidas. Ambos fueron capaces, a pesar de las restricciones del horizonte de visibilidad que les ofrecía el pensamiento liberal, de penetrar en el carácter dialéctico de la historia y de sus contradicciones inherentes. El igualitarismo podía conducir a la libertad o al moderno despotismo, decía Tocqueville; la racionalización, recordaba Weber, nos podía hacer más libres o acabar aprisionándonos en una jaula de hierro. La historia, por lo tanto, es dialéctica

³⁴ "The Russian Revolution", en *Rosa Luxemburg Speaks*, Nueva York, 1970, p. 393.

y su tragedia reside en que puede avanzar tanto por el "lado malo" como por el "lado bueno". La igualdad libera y encadena; el individualismo emancipa y aliena; la democracia destruye aristocracias y puede crear un Leviathán; la racionalización ilumina la mente pero debilita la voluntad. Uno veía en la democracia y el otro en el socialismo el origen del despotismo; pero ninguno quiso, y esto es importante resaltarlo, una vuelta al pasado. ¿Hasta qué punto esta actitud es compartida por los teóricos liberales y neoconservadores que hoy examinan la "crisis de las democracias".³⁵ Aunque es difícil saberlo más allá de toda duda, parecería que estos sí se plantean un proyecto restaurador del "orden y la disciplina" burgueses incompatible con los niveles actuales de movilización y organización política de las clases subalternas en el capitalismo metropolitano. La democracia es formalizada y empequeñecida y degenera en símbolo legitimador del sutil despotismo estatalista y en consigna desmovilizadora de una sociedad civil condenada al inmovilismo y la apatía. Mala pasada la que la historia le jugó a Tocqueville: de modelo para encontrar remedio a los males de la anarquía francesa, los Estados Unidos se convierten en prototipo de la involución autoritaria en el capitalismo maduro. La historia, también aquí, avanzó por el "lado malo"; a pesar de la riqueza y vitalidad de las instituciones políticas que la América de Jackson contaba para neutralizar la amenaza del despotismo burocrático. Partidos, gobiernos locales, separación de poderes, libertades públicas y todo el cúmulo de salvaguardas societarias fueron engullidas y transformadas por el avance en la concentración y centralización del capital. El capitalismo monopolístico norteamericano no acabó con esas respetables instituciones políticas heredadas de los tiempos heroicos de la colonia: simplemente las reconvirtió en función de la lógica de su propia reproducción ampliada. Al transformar el conjunto de la sociedad civil a su imagen y semejanza el capitalismo monopolista no podía respetar siquiera las instituciones de la democracia política. La sociedad de los iguales, contemplada con optimismo por Tocqueville, quedó reducida a ilusoria expectativa ideológica; el sufragio universal, a desganaada mueca que menos de la mitad de la población hace cada dos años; de los poderes locales y de las autonomías estatales mejor ni hablar. Los Estados Unidos, a siglo y medio de la visita de Tocqueville, vuelven a ser modelo, pero ahora de "la crisis de la democracia", de la "ingobernabilidad" de su sociedad civil, de la necesidad imperiosa de recortar los logros democráticos de las pasadas generaciones y de imponer un "orden político" despreocupado por la necesidad de legitimarse ante las masas.

La fórmula tocquevilliana, si se nos permite esta simplificación, ha caído en descrédito con los actuales ideólogos del capitalismo porque guardaba una semejanza fundamental con la que proponía Weber para escapar

³⁵ Nos referimos, en lo sustancial, a los teóricos nucleados en la corriente neoconservadora. Al respecto, consúltese nuestro "La crisis norteamericana y la racionalidad neoconservadora", en *Cuadernos Semestrales*, México, núm. 9, 1981.

de las leyes de hierro de la burocratización: una recuperación plena de la política, la reactivación de la ciudadanía, la reanimación de la vida pública. Tocqueville manifestaba pues en esa propuesta su confianza en la sociedad civil: la vitalidad de ésta, aunada, eso sí, a la *virtú* de la que hablaba Maquiavelo harían posible sortear con éxito los obstáculos y las trampas que conducían al despotismo burocrático. Aferrado a su esperanza pensaba que la democracia todavía era posible; "sólo la historia decide", repetiría más tarde Weber. Pero, para los teóricos modernos de la "crisis de las democracias" la cuestión se plantea en otros términos: dada la encrucijada con que se enfrenta el capital monopólico el diagnóstico y las recomendaciones que formulan es ostensiblemente antidemocrático, puesto que suponen la paralización de los movimientos e impulsos que emanan de la sociedad civil y la congelación de las expresiones de la lucha de clases, que constituye la esencia misma de la democracia. La nueva teoría expuesta por los teóricos neoconservadores y liberales consagra como virtuosa la degradación de la política y el avasallamiento de las clases y grupos de la sociedad civil por un Estado burocratizado y que cada vez con mayor despotismo asegura la estabilidad de la dominación burguesa. En lugar de profundizar la democracia política, como hubiera querido Tocqueville, se propone su amputación porque el capitalismo monopólico es estructuralmente incompatible con aquélla. Una sociedad civil adormecida, narcotizada por el opio de la mal llamada "cultura de masas" y los medios masivos de comunicación, y una democracia política recortada y maniatada constituyen en nuestro tiempo el *desideratum* de esta nueva pléyade de ideólogos burgueses.